

# QUÉ SE GANÓ O PERDIÓ ENTRE ESTAS AGUAS

## Una entrevista a Antonio Cisneros\*

*Amanda Saldías*  
Departamento de Literatura  
Universidad de Chile

A.S.: Bueno. Cuando nosotros conocimos su obra, la conocimos dentro de un grupo que algunos llaman los “novísimos”. ¿Ud. ha escuchado hablar de los “novísimos”, o no?

A.C.: Eh..., sí.

A.S.: Bueno, ellos se supone que empiezan a publicar en los principios de los años sesenta y setenta. ¿Ud. se incluye dentro de este grupo, o no?

A.C.: No, no, y no; eso de los novísimos es una fabricación, probablemente bien intencionada, o de los periodistas o de los académicos, pero yo me considero, a secas, un hombre de lo que se llamó una generación de los años sesenta, nada más. Yo nunca he formado parte de un grupo en el sentido de manifiesto, estatuto, actitudes parecidas, militancias, nada de eso. Pero, bueno pues: si los académicos y los periodistas quieren darle nombre, que le den.

Yo soy un individualista, antipático (risas), que sí pertenezco a esa época. Eso es todo.

A.S.: Hay algo que a mí me llama mucho la atención de su poesía y es que el yo poético se hace siempre personaje; es siempre un personaje constante —más o menos constante— en sus poemas, ya sea como un yo dentro de una familia, dentro de una sociedad, o simplemente solo... ¿es así, o realmente estoy elucubrando sobre sus escritos?

A.C.: Mira, no lo había pensado así, pero ahora que lo dices probablemente es verdad. O sea, yo no entiendo mucho la poesía abstracta en tercera persona. Creo que... que los poetas en el fondo, queriéndolo o no queriéndolo, son siempre protagonistas de su poema. Es el género menos mentiroso que existe, no necesita personajes intermediarios para aparecer, como los narradores; la poesía no engaña en otras palabras, para bien o para mal... (pausa). Yo no me creo personaje de nada, pero yo sí —me estoy dando cuenta— que tú mismo eres el personaje de lo que escribes, o sea un poeta nunca habla de nadie más que de él mismo, inclusive si habla de otras cosas, siempre es sólo a través de él mismo; no hay trampa de por medio, como los tramposos de los narradores (risas).

A.S.: Eso es verdad...

Ud. empieza a publicar en una época en que todo se replanteaba, llena de ilusiones y desconfianzas frente a un continente que comenzaba a verse más propio, auténtico, capaz de ser el centro de la noticia. También es una época que analiza literariamente

\*Realizada durante el desarrollo del “Encuentro Iberoamericano de Poesía”, organizado por la Fundación Huidobro, en Santiago de Chile (1<sup>ra</sup> semana de septiembre de 1993).

los logros conseguidos con el llamado “boom” latinoamericano, que es principalmente narrativo, que de algún modo buscó formar el discurso de identidad de la región, de una manera apoteósica. ¿Puede existir una prioridad aún en nuestra poesía por construir un discurso de la identidad latinoamericana? ¿Entre qué puntos se mueve este imaginario de la identidad latinoamericana? ¿Visualiza esto como una pretensión suya?

A.C.: Mira, se habla del boom de la narrativa porque eso quiere decir, usando el término sajón, boom quiere decir “éxito súbito y sorpresivo”: eso es un boom. Lo que ocurre es que la poesía latinoamericana siempre ha estado en boom, desde Darío y me parece que el imaginario de América Latina lo hemos construido nosotros: Darío, Vallejo, Neruda, Octavio Paz... Más bien el boom de la narrativa lo veo muy de capa caída en estos momentos; nadie está muy seguro si el barroquismo de Carpentier va a sobrevivir diez años más, o si la cosmogonía de Vargas Llosa va a sobrevivir cinco años más. Pero los poetas siguen siendo permanentes... No, no, no, nosotros nunca hemos estado al margen, al contrario: ya estábamos tan dentro de la cosa que la parte comercial del asunto, la oferta y la demanda, la venta de libros narrativos que siempre son más vendibles, pues porque son más fáciles, tiene más anécdota... no sé. Tú no puedes contar de qué se trata un poema de Vallejo, pero sí puedes, en una reunión social, de qué se trata la última novela de García Márquez; es por eso que parece que... pero no, no, no... creo que realmente el imaginario de América Latina ha pasado, pasa y probablemente por mucho tiempo seguirá pasando por sus poetas, aunque no sean best-seller, comercialmente hablando.

A.S.: Sí, sí...

A.C.: Haces preguntas para que te conteste lo que tú quieres... (risas).

A.S.: Claro (risas)... eh... Héctor Libertella en su libro *Nueva escritura en Latinoamérica*, refiriéndose a las particularidades de la escritura nueva, de los sesenta y los setenta, habla acerca de su interés por la historia como discurso —principalmente como discurso— y dice que “la escritura que se relaciona con la historia no quiere ser una escritura épica, sino tal vez, en este nuevo momento, una épica de la escritura” ¿Se incluye Ud. dentro de estos propósitos? ¿Cómo?

A.C.: Bueno, yo no conozco al señor Libertella, que tiene un apellido bien “divertella” (risas), pero fuera de eso, tampoco entiendo muy bien el juego de palabras entre épica de la historia o historia de la épica, pero lo que yo sí me doy cuenta es que en los años sesenta, y los setenta eventualmente, la historia en la que estamos inmersos, que es inevitable —inclusive los noventa, que parece una época bien boba, donde no hay historia, pero la historia sigue igualita aunque la gente no la sienta encima de ella— yo creo que somos historia, somos historia por la sencilla razón que nacimos, vivimos y morimos; somos un transcurrir, un transcurrir dentro de una sociedad y eso no tiene otro nombre en castellano que historia... Está incorporada a los términos poéticos, pero efectivamente no hay, en principio, salvo Ernesto Cardenal quizá, con esa poesía tan aburrida que tiene (risas), donde siempre entran pájaros con hombres nahuátl, o toltecas, o olmecas, o chichimecas, o mixtecas, o no sé qué...

A.S.: Pero no toda la poesía de Cardenal es sobre eso...

A.C.: Aaah, me aburre. Pero fuera de eso... sí, yo creo que hay una incorporación de la historia, pero no en el sentido épico, social-realista, idiotamente optimista como la propaganda de Coca-Cola y “quiero cantarle a la chispa de la vida”, sino que es asumir que somos seres históricos, como asumir que somos seres mortales.

A.S.: A ver... ¿cómo se comunica Ud. poéticamente con la historia literaria que lo precede, sucede o coexiste?

A.C.: ¿Qué quieres..., qué quieres que haga? ¿que haga de enchufe (risas) entre tres cables eléctricos? (risas).

A.S.: (entre risas) ...es para relacionarlo con esto (señalando mi tesis que había llevado para mostrársela).

A.C.: Está bien... mira, yo creo que todos los seres humanos —y obviamente no sólo los poetas, también los carpinteros, los gasfiteros y hasta los empleados bancarios—, todos somos, en buena medida, parte de la acumulación histórica y social que nos precede.

A.S.: Claro.

A.C.: También somos expresión genética del código genético que está en nuestros ADN respectivos: nadie nace del aire. A lo que vendrá: no se sabe nunca, pero probablemente se seguirá la misma lógica y la misma norma histórico-biológica. ¿Cómo me siento yo adentro? Nada; nunca tuve vocación de parricida ni de iconoclasta: le debo mucho a todos los precedentes, me siento solidario con todos los existentes y me siento tan inseguro frente al mundo que vendrá como todos los que vendrán.

A.S.: Bonita respuesta.

A.C.: Muchas gracias, se agradece el piropo.

A.S.: A ver... esto es como una pregunta, así, altruista.

A.C.: Bien.

A.S.: Tiempos nuevos, confusos, inestables dentro de su estabilidad, ¿qué pasa con los poetas?

A.C.: Con los poetas no sé qué pasa, conmigo sí te puedo decir qué pasa... ¿ahorita?

A.S.: No sé, ahorita...

A.C.: Ah no, es que no se puede hablar de términos abstractos...

A.S.: Ahorita tiene que ser.

A.C.: Eh... ahorita yo escribo, por ejemplo, poca poesía, escribo mucha más prosa, no prosa de ficción, sino crónicas, crónicas de viaje, crónicas de memoria y crónicas periodísticas... Los tiempos están muy confusos, es cierto, pero no sólo para los poetas: están confusos para todo el mundo. Creo que los poetas tienden a replegarse —que es una cosa mucho más individual—, o espaciar sus momentos de escritura cada vez en tiempos más largos y dedicarse a otras cosas, no sé... ¿quieres que te cuente lo último que he hecho en mi vida? Es haber traducido todos los catálogos de los automóviles LADA, con lo cual gané tres mil dólares, que me ayudan para vivir unos dos meses rascándome la barriga... Son tiempos malos no sólo para la poesía, sino para el humanismo, para todo aquello que no parezca rentable... son tiempos a-ideológicos, a-partidarios, antisolidarios, antisindicalistas; son tiempos muy jodidos para la humanidad...

A.S.: Muy individuales.

A.C.: Claro, son tiempos autistas ¿no? Estamos hablando de la muerte de Edipo y del renacimiento de Narciso. Ya nadie quiere llegar a lo máximo, a lo supremo, a construir grandes cosmogonías, explicar el universo aunque sea a riesgo de acostarse con su madre, finalmente, que es el problema de Edipo, para después arrepentirse, terribles tragedias, y sacarse los ojos.

En este momento todo el sistema —no digo cognoscitivo, sino cognitivo— es sentarte en tu computadora y ver que todo el mundo está a tu lado, sin tener roces



fraternales. Es el momento donde se acabaron las discotecas donde iban las parejas o los grupos de amigos, o los chicos y las chicas, para ver qué encontraban para complementarse. Estamos en el momento de los galpones, o los hangares con tres mil personas escuchando “high-tec”, pum pum pum, como mongos, sin bailar entre ellos; entran y salen como autistas. Sí, pues: los tiempos de autista son duros para todos los seres humanos y creo que los poetas tendrán que ver qué hacen, pero en eso estamos (...).

A.S.: Bueno, ahora, a propósito del encuentro que organiza la Fundación Huidobro, ahora que se celebra el centenario del nacimiento de Vicente Huidobro, se redescubre su valor, talento ¿Cuáles son las cosas que Ud. más destaca de la obra poética de Huidobro?, ¿se puede pensar todavía que el poeta es un “pequeño dios”?

A.C.: Bueno, con toda franqueza...

A.S.: ...No le gusta Huidobro.

A.C.: Eh... no me fascina...

A.S.: (a mí tampoco).

A.C.: ...Huidobro. Reconozco su mérito vanguardista, su espíritu iconoclasta... cierto lenguaje... Bueno: eso. Me gusta que exista la Fundación Huidobro y que celebren el centenario aquí en Santiago. De lo otro, ya te lo dije.

A.S.: Se puede decir que su poesía ha pasado por distintas etapas. Primero, una abiertamente contestataria, crítica, sarcástica, contra una sociedad que miente; una segunda, más individual, de reflexiones frente a la soledad y al desamparo, el rol que se juega en el mundo, el poder de la palabra en su evocación, auxilio y pérdida; otra en la que la voz poética se reencuentra con su lado luminoso y positivo, sin negar lo que merece cambio. ¿En qué etapa se encuentra ahora?, ¿adónde va?, ¿qué queda del poeta del *Canto Ceremonial* y de *El Libro de Dios y de los húngaros*?

A.C.: Bueno, yo creo que estoy siempre en las tres etapas —que no las he inventado yo— que tú nombras.

A.S.: No, pero es una abstracción...

A.C.: ...Qué dices...

A.S.: Es una abstracción.

A.C.: Sí: “la prensa dice” (risas). Yo creo estar simultáneamente en los tres estadios... Yo francamente no puedo diferenciarme en todos esos momentos que dices. Soy todo eso y otras cosas... yo no tengo la culpa del desorden en que las nombras tú (risas), o el orden en que las nombras tú, que es igual.

A.S.: A ver, esta es una pregunta más específica. Yo me quedé en el *Monólogo de la casta Susana*; en realidad, los otros libros yo no los conozco, entonces...

A.C.: Anoche leí del...

A.S.: Sí, del último, parece.

A.C.: Sí, del último.

A.S.: Me gustaría saber, o sea, que Ud. nos contara, de qué se tratan sus otros libros, por ejemplo, ese Bram Stoker ¿fue antes o después de la película?

A.C.: Antes y más aún, sabes, no es por hacerme el precursor de Coppola, pero hay pruebas palpables, como una preedición, editada en Montevideo, exactamente un año antes de que apareciera la película en Estados Unidos y se llamaba —y está el título en la carátula— *Drácula de Bram Stoker*.

A.S.: ¿Y es bueno el libro?

A.C.: Mira, el libro de Montevideo no es muy satisfactorio. Por una sencilla razón:

porque, primero no está todo el *Drácula de Bram Stoker*, de Antonio Cisneros, sino que hay partes; por otro lado, yo nunca lo publiqué como libro: yo mandé unos poemas inéditos a los chicos uruguayos que me invitaban a dar un ciclo de conferencias, por todo Uruguay —o sea, un cuarto de hora más o menos en terminar todo el país—. Ellos, de muy buena gente, me publicaron un libro, me sorprendieron con la simpática primicia de haberme inventado un libro que yo nunca había escrito...

A.S.: ¿En serio?

A.C.: En serio... pero, en fin... Esto es en lo tocante a quien inventó...

A.S.: Bram Stoker's *Drácula*...

A.C.: Bram Stoker es el autor, pero el título, como tal, a años antes de la película..., pero no quiero estar como Huidobro que cambiaba de años de nacimiento y todo para inventar precursorías (risas). Ahora...

A.S.: El último libro.

A.C.: ...el último libro contiene *Drácula de Bram Stoker* y otros poemas de corte más metafísico: se llama *Las inmensas preguntas celestes*, que son esas inmensas preguntas que uno se hace cuando siente a la muerte dándole vueltas alrededor y que no puede contestar. Es un libro más bien de corte metafísico, pero metafísico a mi manera: en el fondo, no puedo evitar ser burlón hasta cuando me pongo serio... sí, es lo último que he hecho; sobre la muerte, en realidad, qué otra cosa puede haber. Mira: por un lado es toda la parte individual, reminiscencias, réquiem y cosas éstas, de muerte; y la parte de *Drácula*, que es —o era, no sé— toda una metáfora política del Perú, o sea, también está el “Perro negro”, por ejemplo; lo que pasa es que la poesía política obviamente no tiene nada que ver con la poesía idiota que se creía política antes: la poesía política tiene más preguntas que respuestas, y el *Drácula* pues es la mejor metáfora que yo encontré. Por supuesto que no me lo propuse a priori, pero a la larga después me di cuenta de “¿qué hago yo escribiendo sobre *Drácula*?”, para qué, viviendo sobre un país donde había un movimiento mesiánico, que creía que para sobrevivir tenía que chupar la sangre de los demás: Sendero Luminoso y toda esa basura.

A.S.: Poesía e historia, ¿dónde empieza la una y termina la otra?

A.C.: Creo que ya lo hemos contestado.

A.S.: Sí... ¿Se identifica Ud. con algún poeta coetáneo, compatriota suyo o latinoamericano?

A.C.: Aprecio a muchos, no me identifico con ninguno.

A.S.: ¿Podría referirse al papel de la poesía beatnik en sus gustos poéticos?

A.C.: En una primera instancia, sí. Por decir algo, en *Canto ceremonial contra un oso hormiguero* hay un cierto desenfado, hay una cierta cosa, un regusto por el versículo, piensa en Ginsberg, siendo yo infinitas veces más cuidadoso que Ginsberg, porque los latinoamericanos tenemos un profundo sentido del ridículo, a diferencia de los gringos. Hay también una desfachatez erótica, iconoclasta, mucho de la cosa “on the road”, poesía de camino, poesía de viaje, que está...

A.S.: Claro, en las “crónicas”.

A.C.: ...y además en casi todos mi libros, no sólo en las crónicas en prosa. Si te fijas bien, mis libros son, no sé, *Canto ceremonial* es la historia de mi vida en Inglaterra, *Como higuera en un campo de golf* es la historia de mi vida en Francia, *El Libro de Dios y de los húngaros* es la historia de mi vida en Hungría, el *Monólogo de la casta Susana* es la historia de Alemania. En el fondo son libros de viaje también mis libros de poesía.

A.S.: Julio Ortega, en el Epílogo a *Por la noche los gatos*, dice que su poesía nace de



la crisis y hace hablar a la actualidad, también habla de que Ud. se mueve dentro de la “estética de la sobrevivencia”. ¿Se reconoce en estos razonamientos?

A.C.: Bueno, Julio Ortega siempre dice cosas complicadas porque él es un profesor de una universidad norteamericana y tiene que justificar su sueldo (risas), pero, fuera de eso, gran parte... creo que sospecho lo que está diciendo y... sí, es decir, yo vivo en un país periférico, pertenezco a un país periférico, somos carne de sobrevivencia, independientemente de que por un lado me quieran o tenga cierta fama, y, qué sé yo... En realidad, soy un pobre diablo comparado con la mayoría de la gente en un país más racional o más solvente.

A.S.: ¿Se pueden manejar certezas en la poesía o, más bien, prima la búsqueda de esas certezas?

A.C.: Me siento incapaz de tener certezas; sólo tengo dos: nacimiento y muerte.

A.S.: Esto es el lado opuesto: humor y poesía, ¿cuáles son sus relaciones?

A.C.: Bueno, yo no podría teorizar sobre eso, lo que sí... me doy cuenta de que mi poesía —inclusive la más seria, inclusive la que pretende recrear el terrible momento de la muerte— no puede evitar tener humor, pero eso ya es parte de mi temperamento, me atrevo a decir. Claro, también te podría decir que busco la ironía como una manera de desenmascarar y desmitificar el mundo que nos rodea, pero eso le corresponde a los profesores. En la vida real el humor me sale así no más; yo escribo también prosa, mucha prosa, y todo el mundo me tiene, por lo menos en mi país y en otros países, donde se publican mis crónicas, muy tipificado como un escritor de gran humor, y la verdad es que...

A.S.: Como Bryce Echeñique.

A.C.: ...por ahí... Empiezo muy serio y no puedo evitar, cada vez se repite el camino. Igual pasa con la poesía.

Creo que es casi imprescindible, ¿no?, como cuando hablamos de movimientos como el surrealismo, porque... ¿tú te imaginas el surrealismo sin humor? No existiría, no, sería como pan con mantequilla sin mantequilla. Pero no, no es una propuesta teórica, ni formal, ni apriorística: me es inevitable. Siempre he sido más o menos chistoso, por lo menos entre los muchachos de mi barrio.

A.S.: ¿Cuánto espera atrapar en un poema?

A.C.: ¿Atrapar qué?

A.S.: No sé... el mundo, la vida, el sentimiento, el pensamiento...

A.C.: Teóricamente, todo, me encantaría y por eso es que con frecuencia uso el versículo o el verso ancho, funciono a varios niveles simultáneos. Si te has dado cuenta, yo no hago poesía política o lírica, sino que siempre está todo mezclado, como en la vida real. Es cierto: a nadie se le ocurre, no sé, hacer el amor mientras hay un mitin político, a nadie se le ocurre.

A.S.: Salvo a los hippies.

A.C.: ...a nadie se le ocurre gritar *slogans* maoístas mientras está haciendo el amor, tampoco (risas). Es como la vida real.

Idealmente, todo, en absoluto. En la práctica, estoy muy lejos de eso.

A.S.: ¿Qué es lo que más le asombra del ser humano, en lo particular y en lo social?

A.C.: Primero, que los dos son lo mismo, ¿no?, lo social y lo particular.

Es su increíble capacidad de aferrarse a la vida cuando al mismo tiempo dicen que la vida es insoportable.

A.S.: Sí.

A.C.: Es más o menos como una metáfora gastronómica (risas): los peruanos, que les encanta comer un montón de ají, picante, con todo, y lloran y lloran y sufren, y dicen “¡qué rico, qué rico!”. Es asombroso.

A.S.: Los viajes, así, como título, ¿qué se lleva y qué se trae?

A.C.: Mucho. Yo no podría haber imaginado mi vida sin ser un viajero permanente. Casi todo, eh, mira que la primera vez que yo salí del Perú fue para venir acá, en el '63: fue el Encuentro de escritores jóvenes de América, de la Universidad de Concepción, encabezado, dirigido y organizado por Gonzalo Rojas...

A.S.: La gloriosa Universidad de Concepción, como dicen.

A.C.: Gloriosa...

A.S.: Es muy linda esa universidad...

A.C.: Claro; ahí hice todos los amigos antiguos chilenos que tengo y, bueno, eso, para comenzar. Después ya, claro, con los años, he vivido años de años en Europa, en Estados Unidos, por todos lados, y no me imagino a mí mismo sin los viajes. Simplemente, sería imposible decirte qué se trae o no en la maleta física o en la maleta del alma. Casi toda mi apertura frente al mundo se debe a los viajes.

A.S.: ¿Cuán preocupado se siente por su desocupado lector? como dice Gonzalo Rojas...

A.C.: En lo personal, no me preocupa. O sea, aunque parezca chistoso, soy uno de los poetas de América Latina que vende más libros de poesía, se reeditan, se reeditan y se reeditan, y casi parezco novelista (risas). Pero, en lo general, tampoco me preocupa: siempre la poesía fue minoritaria, no tiene por qué dejar de serlo; igual que la microcirugía del cerebro: no todos tienen por qué cortar piernas.

A.S.: Hay gente que piensa que la poesía tiene que ser masiva, pero, en el fondo, es difícil que sea masiva por su mismo lenguaje.

A.C.: Claro, hay un problema de entrenamiento, ¿no?, o sea, el fútbol es más complicado —son once contra once y tienen, más o menos, 42 reglas de juego—, lo que ocurre es que todos los días tú tiene seis páginas en los diarios, entonces terminas enseñándole a la gente cómo se ve o se lee fútbol. La poesía tiene que ser igual; hay un problema de aprendizaje, de lenguaje, sin embargo, su lenguaje es privativo y no tiene otra forma de ser; es el único género donde lo que dices y cómo lo dices funciona al mismo tiempo. Y será su gracia eterna, total, al fin y al cabo, nadie en Chile piensa que hay algo más grande que su Neruda, y nadie en el Perú piensa que hay algo más grande que su Vallejo: no estamos tan desamparados, estamos hasta en los billetes (risas), Gabriela Mistral está en un billete, y Vallejo...

A.S.: De a cinco mil, la “gabriela”...

A.C.: Vallejo en uno de diez intis, es cierto. Bueno: estamos devaluados, pero en los billetes.

A.S.: ¿Cuál es el rol de la imagen poética en términos de comunicación?

A.C.: Creo que la gente se expresa siempre en imágenes, en la vida diaria.

A.S.: Sí, muy visual...

A.C.: ...en resumen, la imagen poética no es una dificultad para nadie. Desde que tú dices “buenos días” a una persona estás usando una imagen. A nadie le importa un pepino que le vaya bien durante el día a la persona a la que ha saludado: estás usando una imagen de la realidad. Y así es toda la vida cotidiana. Cuando tú preguntas “¿tiene Coca-Cola?”, estás pidiendo una Coca-Cola como imagen. Mira: la vida está hecha de

imágenes y la poesía, si está bien hecha y clara, termina siendo popular. A mí me parece que “quiero escribir los versos más tristes”...

A.S.: ...“esta noche”.

A.C.: ...“esta noche”, de Neruda, o “hay golpes en la vida tan fuertes”, yo no sé, de Vallejo, o “nuestras vidas van a dar”, “son los ríos que van a dar a la mar”, que es el morir de Manrique, son infinitamente más populares que cualquier frase de García Márquez.

A.S.: Le tiene mucho odio a García Márquez, parece...

A.C.: No, no, le tengo muy buena voluntad: te estoy contestando a lo que me preguntas, la gente...

A.S.: Es que siempre lo pone de ejemplo...

A.C.: No, es que te pongo de ejemplo a una persona que es muy resaltante. No, le tengo una gran admiración, aunque evidentemente me aburren sus novelas.

A.S.: La pregunta típica: ¿Para qué se escribe y para qué se escribe hoy?

A.C.: Pues no sé para qué lo harán los demás, yo escribo porque no puedo evitarlo, ¿no? Es una especie de compulsión, aunque tampoco escribo tanto, ah... o sea, si no escribo, no me muero tampoco, no es para tanto, y hoy, pues por lo mismo por lo que escribían los antiguos, desde Píndaro hasta Góngora: siempre escribes para dar testimonio de tu vida; que además sirva de mensaje o que te comuniques con la vida de los demás, es un acierto de Dios, pero la gente escribe para testimoniarse a sí misma, nada más.

A.S.: En el fondo, hay un diálogo con uno mismo, siempre.

A.C.: Y ni siquiera diálogo: monólogo.

A.S.: (risas) dejémoslo en diálogo.

A.C.: En otros tiempos te habría dicho que “no, uno escribe para...”, no sé, depende, la época; en los sesenta, pues, para hacer la revolución y, qué sé yo, “mi verso es un fusil y mi palabra una bala”, pero, es mentira, para qué nos vamos a seguir engañando. Por ejemplo, si tú piensas en Vallejo —vamos a agarrar a uno grande de los nuestros—, Vallejo hizo *España, aparta de mí este cáliz*, un libro notable —realmente mejor que *España en el corazón*, dicho sea de paso, de Neruda—, sobre la guerra civil y, sin embargo, Franco ganó y se perdió la guerra civil, y los fascistas se quedaron cuarenta años en el poder. Si la poesía sirviese para que ganara el lado republicano, pues no sirve para nada la poesía de Vallejo. Perdió el lado republicano, pero su poesía sigue diciéndonos cosas sobre la fraternidad, solidaridad, amor; pasó Franco y sigue vigente Vallejo, pero no fue útil para derrotar a Franco, eso hay que entenderlo.

A.S.: Es que es otro ámbito.

A.C.: Bueno, pero ése es el punto, “para qué se escribe”, pues para eso: para dar testimonio de tu vida, y si coincide con la de los demás, pues mejor, ¿no?

Pero no es utilitaria la poesía: para eso están las A.F.P., que están quebradas.